

» trados, veraces, sinceros, nos someten imperiosa-
 » mente á sus decisiones magistrales, y pretenden darnos
 » por verdaderos principios de las cosas los ininteli-
 » gibles sistemas, que se han formado en su imaginacion.
 » Por lo demás, trastornando, destruyendo y hollando
 » todo cuanto los hombres veneran, quitan al afligido el
 » último consuelo en sus trabajos y miseria, á los ricos
 » y poderosos el único freno de sus pasiones; arrancan
 » de los corazones el remordimiento del delito, la espe-
 » ranza de la virtud, y todavía se jactan de ser los bien-
 » hechores del género humano. La verdad, dicen; jamás
 » es novicia á los hombres; lo creo igualmente que ellos;
 » y esta es, á mi entender, una gran prueba de que lo
 » que ellos enseñan, no es verdad.» — Es cierto que
 los teólogos disputan entre sí, pero sus disputas no son
 sobre el fundamento de la fe, ni sobre los artículos de
 ella, ni sobre los dogmas esenciales de su Religión; en
 una palabra, no se contradicen en la enseñanza pública
 del pueblo. Si San Pedro hubiese predicado un Dios, y
 San Pablo el Materialismo; si San Juan hubiera dicho:
Jesucristo ha resucitado, y Santiago hubiera dicho que
 no, seguro es que no habria hoy cristianos en el mundo.

§ 6.

215. *P.* Aun cuando se supusiese que la Religión
 natural fuese suficiente para dar á Dios el verdadero
 culto, formar las virtudes, y asegurarnos sus recompen-
 sas, ¿podria ella llegar á ser la Religión de los pueblos y
 naciones?

R. No. El hombre no quedaria aun satisfecho: su
 corazon y su espíritu piden esencialmente un culto ce-
 remonial, y análogo á los sentidos, fundado sobre una
 revelacion verdadera ó falsa. Esto es á la menos lo que
 nuestros filósofos nos aseguran en todas partes. ¿Por
 qué pues establecer una tesis, cuya imposibilidad nos
 están predicando al mismo tiempo? ¿no se diria esto
 mofarse de los hombres?

CAPÍTULO III.

De la Revelacion.

216. *P.* Convento desde luego en la necesidad de la
 revelacion: ¿pero cómo nos demostrais su existencia?

R. Por su misma necesidad¹. Un Dios bueno y sabio
 no ha podido negar á su mas preciosa y querida obra
 una luz necesaria para su felicidad, y el conocimiento
 de sus obligaciones y deberes con su Hacedor. Lo con-
 trario habria sido abandonar á sus criaturas al modo que
 los Tártaros abandonan á un enemigo en medio de los
 desiertos, y el avestruz deja sus huevos sobre las arenas
 abrasadoras del África: *Crudelis quasi struthio in deser-
 to.* (*Jer. Thren.* IV. 3)².

1 Demostrada la necesidad de la revelacion, lo está igualmente
 su existencia: por que Dios no falta nunca en las cosas necesarias.
 ¿Será necesario pararnos siquiera á demostrar su posibilidad?
 ¿Cómo? El que hizo la lengua, y dió al hombre el don de la pa-
 labra, ¿no hablará? Los hombres, que son obra y hechura suya
 pueden comunicarse mutuamente sus ideas, sus proyectos, sus
 descubrimientos, las verdades que conocen; ¿y á Dios que formó
 y dirige los órganos de todos los hombres, le negaríamos la facul-
 tad de hablar á los hombres, de hacerse oír de ellos? Un Príncipe
 puede por medio de un ministro, de un embajador suyo, manifi-
 star sus designios á otro Príncipe etc.: y el que manda á todos
 los Príncipes y Soberanos de toda la tierra, igualmente que á to-
 dos los pueblos, que los ha hecho á todos, y dado cuanto tienen
 y lo que son, no podria ó por sí mismo, ó por un enviado reves-
 tido de su poder y de su autoridad, dar á conocer al hombre sus
 perfecciones, sus designios, sus voluntades, etc.? Nos avergonza-
 ríamos de exponer y estampar entre católicos estas razones, si
 los incrédulos hubiesen tenido pudor de propalar los errores con-
 trarios.

2 Todo cuanto se ha dicho de la *Insuficiencia de la Razon* para
 dar á conocer perfectamente á los hombres sus deberes y obliga-
 ciones, su último fin, sus principales intereses, demuestra al mis-
 mo tiempo la necesidad de la revelacion. Es constante, sin poder

217. *P.* Pero esa multitud de cultos diferentes, que se glorian de tener á Dios por autor, y de poseer el pre-

ducirlo. 1º Que los hombres por una larga serie de siglos vivieron envueltos en densísimas tinieblas acerca de las verdades mas necesarias y esenciales. 2º Que estuvieron durante ellos abandonados á los vicios mas abominables, y mas detestados de la razon. 3º Que las luces de los sabios no fueron bastantes para ilustrar al género humano, ni sus esfuerzos bastaron para contener los desórdenes. 4º Que solo en virtud de la revelacion se han disipado estas tinieblas, y contenido el desarreglo de costumbres. Estos cuatro hechos dan por sí una prueba la mas luminosa de la *necesidad de la revelacion*, y basta solo atender á ellos para convencerse intimamente de esta verdad. Reduzcámoslo todo á un sencillo racionio. Para conocer y determinar la Religion con que debemos unirnos á Dios, y manifestar nuestro reconocimiento y gratitud, su supremo domino, etc., no hay mas que dos medios; á saber, la *Razon* y la *Revelacion*. Luego si la Razon es insuficiente, es de absoluta necesidad la Revelacion. Es necesario ser muy ignorante ó muy corrompido para negar estas verdades. ¿Cuándo brilló mas la Razon que en los dias gloriosos de Grecia y Roma? y ¿entonces de qué fué capaz? ¿qué Religion presentaba al género humano? ¿Qué idea tuvieron siquiera por largos siglos los hombres de la Divinidad? no hablamos de los pueblos bárbaros, sino de los pueblos cultos, de la culta Grecia, de la *morigerada* Roma. La tierra toda cubierta de ídolos monstruosos, de dioses y diosas de todas edades, y todos ellos iracundos, sanguinarios, engañadores, voluptuosos, adúlteros, incestuosos, por no decir mas; nos instruye bastantemente del concepto que tenían formado de ella todos los pueblos. La magnífica idea de un Dios Criador les era desconocida. Atomos, materia eterna, concursos fortúitos, hé aquí las causas que daban al nacimiento del mundo. ¿Y qué decian al hombre de su sér, de su origen, de su principio, de su último fin? ¿Qué de su alma?.... Y lo que la Razon abandonada á sí misma no supo, ni pudo decir en los siglos mas bellos de la antigüedad, ¿lo sabrá decir hoy? Los delirios de nuestros filósofos dan el mas completo desengaño. Qué sé yo si diga si han sobreexcedido á cuanto abortó la antigüedad. — Y en punto á *Moral y Costumbres* ¿en qué desórdenes no incurrieron? ¿á qué excesos de crueldad y lubricidad no se abandonaron? ¿en qué lodazal asqueroso no se han sumergido los de nuestros dias?

Non mihi si lingua centum sint, oraque centum,
Ferre vox omnes scelerum comprehendere formas
Possim...

En. 1.

cioso depósito de la revelacion, ¿no es un argumento contra la existencia de esta?

R. De que haya muchos pretendientes á una posesion, á una dignidad, á un reino; ¿se deberá inferir que los objetos de estas pretensiones sean quiméricos, y que no hay tal reino, ni dignidad? Todo lo contrario: eso mismo prueba naturalmente su existencia: la comparacion es exacta en todas sus partes, y no deja duda alguna. Y en efecto, siempre se ha creído que el culto de la Divinidad debia ser enseñado por ella misma; y en verdad que si es preocupacion, lo es bien singular, pues es tan antigua como el mundo, tan extensa como la tierra habitada, mas durable que todas las obras del arte, y mas que todos los establecimientos políticos. Un sentimiento tan general y tan profundamente arraigado es la voz misma de la naturaleza, ó la memoria indeleble de una tradicion continuada desde los primeros padres del género humano en todas las ramas de su posteridad. No debemos extrañar que este sentimiento, que por todas y en todas partes se halla, haya tenido falsas aplicaciones; mas para que lo sustancial de él fuese falso, era necesario una de dos cosas; ó que el hombre desde su principio hubiese sido criado con una propen-

Los nombres solo de Venus, Adonis, Priapo, Flora, traen á la memoria excesos abominables, monstruosos. Aun lo que no permite nombrar el pudor, habia venido á ser objeto de culto. Roma tenia, segun Séneca, serrallos de víctimas desventuradas de estos desórdenes brutales. Corinto contaba á millares las sacerdotisas de Venus; las de Flora en Roma corrian en sus fiestas las calles sin mas vestido que el de su diosa. ¡Y cuántas veces aquel pueblo infame exigia que las actrices se presentasen desnudas en el teatro!... y el pueblo filósofico de nuestros dias! Esos vestidos á la *Otaitina*, de una sola y trasparente gasa... esos decretos de proteccion á las *doncellas-madres*... esa diosa de la Razon... Los colores salen al rostro, y los ojos se bajan por sí mismos de rubor á tales recuerdos. Corramos un velo sobre tantos excesos, y convenzámonos por estos hechos públicos, universales, del hombre abandonado á su razon, que esta no basta ni para arreglar sus costumbres, ni para establecer la Religion que le es necesaria, y sin la que ni él ni las sociedades pueden subsistir. Véanse los num. 209, 210, 211; y en los tomos ant. en el 1º las págs. 114, 283 y 358.

sion é inclinacion invencible al error; ó á lo menos, que la verdad para que habia sido formado, hubiese huído del mundo tan luego como apareció en él, sin que le quede esperanza de volverla á ver mas.

CAPÍTULO IV.

De la Tolerancia.

218. *P.* Concediendo que la idea de una revelacion debe sostener y explicar los dogmas de la Religion natural, ¿no se podria creer que esta revelacion es de su naturaleza indiferente á toda clase de cultos, y que basta que ella persuada uno ú otro cualquiera?

R. No. Hay muchísimos cultos fundados sobre revelaciones tan evidentemente absurdas, que es imposible que un hombre sensato los tenga por verdaderos. Y bien, cultos de tal naturaleza ¿podrian agrandar al Señor de todas las cosas, al Dios de la verdad, principio de toda sabiduría, y de toda razon? Hay cultos insensatos en sus dogmas, corruptores en sus ritos, barbaros en sus sacrificios; ¿cómo ni quién se atreverá á decir que Dios se agrada de ellos y los acepta, y que queriendo ser honrado, mira con unos mismos ojos los homenajes tributados á los séres inanimados, físicos y naturales, ó dispuestos por el arte, á las bestias, á los genios maléficós, á las pretendidas divinidades, manchadas con los vicios mas infames, y los que se le tributan como á Criador del universo, y Señor único y poderoso de la naturaleza, que es la misma bondad, la justicia, la sabiduría y santidad por esencia?

219. *P.* Y si se limitase la tolerancia á los cultos que reconocen un solo Dios, y cuyos dogmas no se oponen ni contrarian á sus atributos, ¿seria racional?

R. Si á la fe de un Dios único, de un solo Dios, se añade la creencia de un gran número de errores, esta mezcla no puede menos de desagradar á Dios, que exige esencialmente un culto puro, santo y consiguiente en

todas sus partes. ¡Cómo! El cristiano que condena á Mahoma, como á un impostor, y el mahometano, que le honra como al mayor de los Profetas: el judío que crucificó á Jesus como un blasfemo, y el cristiano que le reconoce como el Mesías prometido en la Ley, anunciado en los Profetas, y como el Deseado de las naciones: el deista que niega la revelación, y el judío, el cristiano, y el mahometano que la admiten: el cristiano que adora á Jesucrito como á Hijo de Dios vivo, consustancial al Padre, y el sociniano que le pone en el número de las criaturas: ¿todos estos ofrecerian á Dios un culto, que le fuese igualmente agradable? Léjos de nosotros tan horrible blasfemia. El Sér supremo, el Dios de la verdad, no puede aprobar cultos, que mutuamente se destruyen y contrarian: este es el caso de decir con el Apóstol, que la justicia y la iniquidad, la luz y las tinieblas, la fe y la infidelidad no pueden estar juntas, ni coligarse entre sí¹. Una Religion tolerante no es un culto; es la destruccion de todos los cultos. Uno de los hombres mas grandes que tuvo el calvinismo en Francia, y que habia sido criado en el tolerantismo, descubrió en el exámen de este sistema los primeros motivos de su conversion y reconciliacion con la santa Iglesia; comprendió desde luego, y lo demostró despues, en una excelente obra (*M. Papin, Exámen de la tolerancia*), que la primera é inmediata consecuencia de este horroroso sistema era el trastorno general, y la destruccion de toda Religion.

§ 2.

220. *P.* ¿Cómo, ó porqué decis, que la tolerancia destruye todos los cultos?

R. 1º Porque la indiferencia por todos los cultos se opone á la idea de un Dios único, sabio, santo, y veraz.

2º Porque supone en el hombre un desprecio formal de la verdad, y una indiferencia y apatía en instruirse, incompatible con sus deberes para con Dios.

¹ Quæ enim participatio justitiæ cum iniquitate? aut quæ societas luci ad tenebras? quæ autem conventio Christi ad Belial? aut quæ pars fidelis cum infideli? *II Cor. VI, 14, 15.*